que debia vivir por ellas y para ellas y á la que le estaba prohibido el sueño y el reposo, porque los muebles es sabido que no duermen jamás ni jamás se quejan de su contínuo servicio; lo más que hacen es romperse.

Ni esta fortuna tenia siquiera la pobre María; si se *rompia* en fuerza de su contínua fatiga, no se la componia como un mueble; es decir, no se la daba tisana, ni un poco de leche cuando tosia mucho, ni siquiera se la relegaba á un rincon por inútil, como hacemos con una silla cuyos muelles se han roto; los muelles de la vida de María se componian por sí sólos, ó se quedaban rotos, si Dios, con su sábia y providente mano, no se dignaba unirlos de nuevo.

V.

Una tarde helada del invierno, dos viajeros de diferente edad vieron lo mismo que veian cada tarde los vecinos de Mr. Trimalcion, y que yo no he podido referir á mis benignos lectores en el período precedente.

Eran las tres cuando una silla de posta, rodando por el empedrado de la calle, pesada y lentamente, porque traia una rueda hecha pedazos, se detuvo delante de una casa de postas, que era tambien posada y hostería.

Bajó de ella un caballero como de cuarenta años y una hermosa jóven que apénas contaba diez y seis.

Su extrema semejanza decia que eran padre é hija, aunque en esta última habia unida á su gran belleza, una suavidad y gracia arrebatadoras.

Los dos vestian de viaje, con propiedad y riqueza; él llevaba un traje de terciopelo oscuro con ricos encajes y las plumas de su sombrero estaban prendidas con una hebilla de pedrería.

Ella llevaba un largo vestido de seda lila, ador-

nado de lazos de cinta verde, un sombrerito de seda, verde tambien, que apénas podia contener su espesa cabellera rubia, y una manteleta de encajes con viso rosa.

Era ella de estatura mediana, esbelta, alegre y llena de gracia; Mad. Cleta, al ver aquella preciosa figura, hubo de ponerse sus gafas de oro para verla mejor, y aunque realmente quedó pasmada de su belleza, dijo entre dientes:

—¡Bah! mejor son mis hijas.

Este aserto no tenia, sin embargo, nada de verdadero; sus hijas eran lindas, es verdad; pero se parecian á la jóven viajera lo mismo que se parecen las rosas de Bengala á una rosa de musgo.

Los viajeros iban á entrar en el pátio de la casa de postas y áun adelantaron algunos pasos; pero siendo tambien, como ya hemos dicho, meson, habia bebiendo en dos ó tres mesas algunos trajinantes, mozos de cuadra y soldados, que tenian la atmósfera infestada con el humo de sus pipas y con el olor de los licores que bebian entre risas y canciones báquicas.

La jóven hizo un gesto de repugnancia, casi pudiéramos decir de horror, y retrocedió dos pasos.

—Muchacho, dijo el caballero que advirtió aquel movimiento; saca aquí, á la puerta, dos sillas en tanto que se prepara para nosotros otra silla de posta.

—No hay sillas, señor, respondió el criado; todas están ocupadas.

—¿Tan pocas teneis?

—No es eso, señor caballero.

—¿Pues qué es?

—Que hoy ha venido mucha gente; todos los que pensaban continuar su viaje se han quedado, porque ya lo veis, empieza á nevar.

En efecto, el frio era intenso y empezaban á caer alguno copos de nieve.

El caballero, al verlos, hizo un gesto de terror, luego dijo:

—A cualquier precio tráeme una silla.

—No la hay, señor caballero.

—Pero os pido una sola, para mi hija, y os doy por ella un luis.

—Aunque me diérais veinte luises no la podria traer.

—¿Pero no hay al ménos un banquillo de madera?

—Eso si, y si el señor caballero y su hija quieren entrar en la cocina ó en el comedor...

—Ni lo uno ni lo otro, interrumpió con presteza el caballero; traed el banquillo y mi hia se sentará aquí á la puerta.

—Puedo traer dos banquillos.

—Id, pues, por ellos al instante.

Esto diciendo, el viajero puso un luis en la mano del criado que se alejó corriendo.

Entretanto la jóven, acosada por la nieve y no pudiendo resolverse á entrar en el meson, se habia guarecido en el pequeño hueco que quedaba en el umbral y el gran portalon de la casa de postas, y miraba maquinalmente á la tienda de enfrente, que era la del señor Trimalcion.

A éste no se le veia, porque como era su costumbre, se hallaba cortando en la trastienda; las tres señoritas Trimalcion se hallaban departiendo amorosamente con sus tres pretendientes. Mad. Cleta Trimalcion dormitaba en su trono; pero lo que más llamaba la atencion de aquella viajera, casi niña, era otra niña acurrucada en el suelo sobre la vieja alfombra que cubria el pavimento de la tienda.

Aquella pobre criatura tiritaba de frio bajo un vestido de algodon descolorido, lleno de agujeros y tan empapado en agua, que parecia se habia metido en algun arroyo: sus cabellos, muy negros, muy espesos y muy largos, caian destrenzados sobre su cuello y espalda igualmente empapados en agua: daba pena ver aquella riquísima y lustrosa cabellera tan descuidada y tan bella, cayendo como un bosque sobre la frente, bajo la cual se abrian dos ojos negros grandes y abrillantados, pero uraños y recelosos.

Aquellos ojos se fijaban con una especie de curiosidad ávida é inquieta en la viajera.

El criado del meson volvió con los banquillos, y al ruido que hizo al dejarlos en el suelo, Cefisa, que

hablaba en la puerta con el peluquero, fijó los ojos en los que elegian tan mal sitio para reposar de las fatigas de su viaje

El peluquero, el vidriero y el sargento, al ver que sus pláticas amorosas iban á tener espectadores, desfilaron con disimulo, dejando á las tres muchachas en las ventanas y en la puerta.

Las tres se miraron atónitas; embebecidas con sus galanes no habian advertido la presencia de los dos viajeros que acababan de colocarse á la puerta con los dos banquillos de madera traidos por el criado' despreciando, al parecer, el frio y la nieve que caia cada vez con mayor abundancia.

—¡Pobre gente, dijo Aglae, que tenia buen corazon; se van á poner calados!

—¿Por qué no entran en el meson? pregunto Evelina.

—¡Parecen ser de clase muy elevada, observó Cefisa, y como hoy hay muchos soldados! ¿Pero sabeis lo que digo? Que podiamos rogarles que entrasen en nuestra tienda: así nos daremos tono y de paso podriamos observar cómo está hecho el vestido de esa jóven, que me parece elegantísimo.

—En efecto, añadió Evelina; es bonita como un ángel, y elegante: mucho me gustaria verla de cerca: pero, ¿cómo los llamamos sin saberlo mamá?

Ciertamente, observó Aglae; se puede enfadar: ya sabeis su génio.

—Voy á llamarla, dijo la petulante Cefisa.

Pasó por detrás del mostrador donde dormitaba Mad. Trimalcion y dió un gran puntapié á María que se hallaba acurrucada cerca de la gruesa señora.

El pié de Cefisa era muy pequeño; pero el puntapié debió ser dado con bastante fuerza, porque el rostro de la mísera criatura se tastornó con un dolor atroz.

—Levántate, animal dañino, dijo Cefisa, que estás mojando toda la alfombra con tu vestido.

—Pero, ¡Dios mio! ¿Qué es esto? exclamó Evelina que la echaba de sentimental; ¿cómo vienes así? ¿Qué es esto?.

—Me caí al arroyo; dijo María bruscamente.

—Pero ¿dónde? ¿Cuándo?

—¿Dónde? Donde está el arroyo. ¿Cuándo? Cuando fuí á la fuente.

Entretanto que Evelina se informaba del sitio en que se habia puesto la muchacha de aquel modo, Cefisa habia sacudido el brazo de su madre.

—¡Eh! ¿Qué es eso, qué pasa? preguntó Mad. Cleta despertándose asustada.

—Pasa, mamá, dijo Cefisa, que ahí, á la puerta del meson, hay sentados dos viajeros y nieva mucho.

—¡Y bien! que se metan dentro.

—Es que se conoce que está todo lleno y como son personas al parecer ricas...

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que podríamos ofrecerles aquí dos asientos, por que se están poniendo como una sopa de calados.

—¿Y dices que son personas de calidad?

—Al parecer, sí.

—Veamos.

Y la majestuosa señora se asomó á la puerta de su tienda y contempló á los viajeros con sus pequeños ojos redondos y saltones.

—En efecto, dijo, parecen personas de buena clase; el caballero es elegante y tiene una bella figura; tú, chica, Marion, añadió volviéndose á la muchacha que se habia vuelto á acurrucar en el rincon más oscuro de la tienda; vé y dí á esos viajeros que tu ama les suplica acepten dos asientos y un vaso de vino caliente con azucar y canela para reparar las fuerzas.

María se levantó con gran pena; se hallaba entumida, porque ya hacia cerca de tres horas que sus sus vestidos estaban empapados; casi arrastrando y apoyada en la pared se fue arrimando á la puerta.

Entónces reparó Mad. Trimalcion en su lastimoso estado y al mismo tiempo la jóven viajera hizo un gesto de compasion y de horror.

María iba descalza de pié y pierna; su vestido, empapado en agua y muy corto, se pegaba á su cuerpo en largos pliegues; un temblor horroroso agitaba todos los miembros de la infeliz, y á través

de los girones de su traje se veia la absoluta carencia de su ropa interior.

—¡Patriarcas del paraiso! gritó la zapatera con iracundo acento; ¿qué es eso? ¿Dónde se ha metido esa bestia feroz?

—En el arroyo, dijo Cefisa.

—¡No la dejeis salir así! vociferó de nuevo madama Cleta; ¿qué dirán de nosotros esas gentes? Aglae, cójela de una oreja y hazla volver á dentro. Id vosotras á ofrecer á esos señores lo que he dicho.

Cefisa y Evelina, á quienes se dirigia el mandato maternal, cruzaron la calle con paso ligero. Aglae obedeció tambien; asió de una oreja á María y la empujó hácia dentro con violencia.

—¡Ah, taimada, escuerzo, picarona! gritó la zapatera, acompañando cada uno de estos dicterios con un bofeton ó un puntapié, en tanto que Aglae, muy acostumbrada á tales espectáculos, disponia con la mayor sereniúad dos sillones para los viajeros: ¡ah picarona! ¿Con que quieres avergonzarnos? ¿Con que te empeñas en matarnos á disgustos? ¡Toma, toma, toma! y los golpes menudearon de un modo horroroso sobre aquel cuerpo flaco y débil, pero que ya presentaba las formas indecisas de la primera juventud.

Tanto era el afan que empleaba la gruesa señora en su bárbara tarea, que ni vió ni oyó entrar en la tienda á los viajeros, que habian aceptado con reconocimiento la oferta de un asilo y de una bebida caliente.

—Mamá, ya están aquí estos señores, dijo Cefisa, avergonzada del cuadro que se presentaba á la vista de los viajeros.

—¡Ah, caballero, señorita! ¡Perdon! dijo la menestrala volviéndose con las mejillas y los ojos encendidos por la ira; esta muchacha, á la que hemos recogido por caridad, nos ha de quitar á todos la vida.

Al decir estas palabras, señaló á María, que no derramaba una lágrima; únicamente su temblor se habia aumentado y sus dientes rechinaban de una manera espantosa.

—¡Pobrecilla! ¿Pero qué ha hecho? preguntó la jóven y linda viajera.

—¿Qué ha hecho? ¿No veis, señorita, como se halla de mojada? ¡Si es peor que los diablos! Cefisa, Aglae, traed vino caliente con azúcar y unos pastelillos de aquellos que hago yo de crema, para estos señores; y tú, demonio, ¡vete de aquí... al instante, donde yo no te vea!

—¡No, no! exclamó la bella niña mirando á María; no te vayas, pobrecita; por el contrario, acércate á mí... ven acá, no temas.

La pobre muchacha, que ya se alejaba con mucho trabajo, porque además de sus dolores y entumecimiento estaba molida á golpes, se detuvo, y

volvió su pálido rostro hácia la que le hablaba; sin embargo, no se acercó.

—¿Acaso la compadeceis, señorita? dijo con voz melíflua Mr. Timalcion, que, habiéndose apercibido de lo que pasaba desde el fondo de su trastienda, se habia aproximado con el objeto de conocer á los huéspedes. ¿Creeis acaso que hacen impresion en ella la dulzura ó los buenos modales? ¡Nada de eso! ¡Si esta chica es una víbora, áspera como un espino, arisca como una cabra montés!

—¿Cómo te llamas? preguntó la jóven, sin dejar de mirar á la que con tan negros colores le pintaban.

—María, respondió ésta secamente.

—Marion, repuso Mad. Cleta. Así la llama todo el pueblo, y así la llamamos tambien nosotros.

—¿Por qué la llaman Marion, señora?

—¿Os parece propio el nombre de la Vírgen para este mónstruo, señorita?

—¿Por qué no?

—Como es medio macho, se la llama Marion.

—Y así me gusta más, dijo la indómita muchacha.

—María, dijo la jóven viajera, acércate á mí. ¿Por qué eres áspera y ceñuda? ¡Si pudieras ser amable, serias bonita! Pero el ser así consiste tambien en que eres desgraciada, segun creo. Vamos, toma para que te compres otro vestido, que ese que llevas ya está muy roto.

Y la amable niña puso en la mano de María dos

monedas de oro, que ésta tomó de un modo maquinal.

—Vé á hacer la sopa de leche para la señorita Evelina, dijo Mad. Cleta, que ardia en ira á la sola vista de Marion.

—Por favor, señora, un poco de paciencia; dijo el caballero que fijaba una mirada extraña en María. Mi hija tiene gusto de hablar con esta pobre muchacha.

—Gusto bien extraño, por cierto, señor, en una jóven tan linda y delicada como vuestra hija, observó de muy mal humor Mr. Trimalcion.

—Toma un bollo y este poco de vino, dijo la viajera á María, presentándole su vaso que habia mediado.

—Ya hay silla de posta, gritó á la puerta de la posada uno de los mozos de servicio.

Y al mismo tiempo, rodó por el pátio y salió á la puerta de la calle un carruaje tirado por dos caballos.

El caballero y su hija se levantaron.

—Adios, María dijo ésta; si algun dia vas á París vé á la calle de San German de los Prados, núm. 50, y pregunta por mí; me llamo Ana Lenclos.

—Tambien tiene sobrenombre como vos, añadió el caballero. Yo la llamo *Ninon*.

—No lo olvidaré, señor, respondió María, en cuyos ojos brilló la alegría como un relámpago fugitivo. No lo olvidaré, señorita.

—¿Y para qué te has de acordar tú de las señas de estos señores, arrapiezo? exclamó Mad. Trimalcion. Mis hijas y yo sí que les daremos el gusto de ir á saludarlos el primer dia que vayamos á la capital á hacer compras.

—Os damos mil gracias por vuestra hospitalidad, amable señora, bellas señoritas, dijo el viajero. Mi nombre ya lo sabeis por mi Ninon; me llamo Mr. de Lenclos, y soy en todo tiempo vuestro humilde servidor.

Mr. Trimalcion pasó desapercibido como siempre.

En tanto que el viajero hablaba así, su hija departia con María.

—Adios, le dijo la amable niña. Piensa en mí alguna vez. Yo te quiero, y me acordaré tambien de tí porque eres desgraciada. Toma, para que no me olvides.

Y, con gran asombro de Mad. Trimalcion y de sus hijas, que no apartaban los ojos de aquel grupo interesante, Ana ó Ninon, se quitó del cuello una cruz de oro y perlas, que llevaba pendiente de un terciopelo negro, y lo puso en el de María.

Luego se unió á su padre y saludó con la cabeza y de un modo bastante desdeñoso á la familia Trimalcion.

Ambos anduvieron los pocos pasos que los separaban de la silla de postas, subieron á ella y bien

pronto se perdió ésta de vista á lo largo de la solitaria calle.

—¡Qué jóven tan empalagosa! murmuró Aglae resentida de la poca atencion de la forastera.

—¡Es insoportable! dijo irritada Mad. Trimalcion ¿no ha dado su cruz de oro á ese ente?

—¡Vé al instante á hacerme mi sopa! gritó Evelina irritada.

María salió arrojando sobre la madre y las hijas una mirada triunfante; ellas estaban rabiosas, María era feliz porque las veia sufrir.

Estos son los efectos de la tiranía; el tirano se hace aborrecible y llega un dia en que halla en su víctima un enemigo implacable.

VI.

Desde aquel dia se verificó en la hija de la viuda Delorme una trasformacion completa.

Ya no lloraba de ira, ya no rechinaba los dientes cuando sacudian sobre sus espaldas el látigo que se habia conservado con el sólo objeto de castigarla del mismo modo que si fuera una mula.

Su carácter habia adquirido una dulzura extraña; todo lo sufria con paciencia; ya no daba respuestas duras ó desabridas; de cuando en cuando la sobrecogian éxtasis inefables durante los que quedaba tan inmóvil como si se hallase dormida; veíasela á veces soñar con los ojos abiertos y fijos y sonreir á una vision, invisible para todos ménos para ella.

¿Quién habia verificado en María aquella extraña trasformacion?

La vista de Ana, la jóven viajera que se detuvo algunos instantes en la tienda de Trimalcion y habló con cariño á la pobre huérfana maltratada por todos.

Desde la muerte de su madre aquella jóven era la sola persona que habia dirigido á María algunas

palabras dulces: y ¡era tan hermosa! mil veces más bella que las hermanas Trimalcion, tan desabridas, tan vanas y tan duras. María se acordaba de ella sin cesar y le habia levantado un altar en su corazon.

¡Ir á París! ¡Verla! Hé aquí el pensamiento fijo de María.

Casi inútil parece decir que se habia hecho, desde qne soñaba, más holgazana y descuidada.

Era en vano que se la mandasen mil veces las cosas, pues hasta lo que estaba más acostumbrada á hacer se le olvidaba.

Aquella criatura, tan tosca y tan rebelde tenia á veces pensamientos llenos de ternura y de sencillez.

Una noche, ya muy tarde, se la encontró Cefisa reclinada en una ventana y mirando al cielo.

—¡Eh, papanatas! le dijo dándole un empujon; ¿qué haces aquí?

—Miro la luna, respondió María con voz dulce y algo oscura por las lágrimas que la embargaban.

—¡Gran ocupacion!

—La luna, ¿es igual en todas partes, señorita Cefisa? preguntó María.

—Sí, igual, nécia.

—¿Del todo igual?

—¿No te digo que sí?

—Perdonad, y gracias.

—¿Por qué preguntas estas tonterías?

—Porque me estaba ocurriendo que si la luna es

lo mismo en todas partes, lo mismo la verá ella que yo.

—¿Y quién es ella?

—¿Ella? Ya lo sabeis; la señorita Ninon.

—¡Toma, toma! ¿Aún piensas en aquella melindrosa?

—¡Callad, exclamó María iracunda; no quiero que le pongais apodos!

—¿No quieres?

—¡No!

—Pues yo quiero llamarla melindrosa, y tonta y mogigata porque se compadece de un ente como tú.

—¡Y yo os escarmentaré para que no la trateis mal! exclamó la jóven encolerizada y arrojando la á cabeza de su jóven ama una banqueta de madera que tenia á su lado.

Cefisa exhaló un agudo grito y cayó al suelo; el golpe la habia herido en la frente.

A su voz acudieron su madre y sus hermanas y la hallaron tendida en el suelo y desmayada.

—¡Pero qué es esto, Dios mio! ¿Quién te ha puesto así? dijo la sentimental Evelina.

—Será que se ha caido, observó Aglae.

—¡Pobre hija mia! ¡No responde! ¡Está yerta, pálida, muda. ! ¡Se vá á morir! ¿Hay madre más infeliz que yo?

Cefisa, en efecto, no respondia, pues el golpe la habia privado de sentido; en tanto que su familia la

socorria, los vecinos de Chalons vieron salir de casa del maestro zapatero una sombra esbelta, y deslizarse en veloz carrera á lo largo de la calle, poco frecuentada siempre y del todo solitaria á aquella hora.

Era María.

—Irritada hasta la violencia por las palabras que habia dejado escapar Cefisa contra la amable y jóven viajera, no habia reflexionado en las consecuencias del golpe que habia descargado sobre ella; así que el banquillo cayó sobre la frente de la jóven, se asustó y su único pensamiento fué huir.

Pero ¿á dónde podia refugiarse aquella pobre criatura, sin amparo alguno en la tierra?

Al hacerse esta pregunta, una respuesta se grabó en su mente con caractéres de fuego.

—¡En París!

—¡París!

Hacia ya muchos dias que esta palabra mágica zumbaba en los oidos de María Delorme; mucho tiempo que se hallaba grabada en su alma.

Guiada por este pensamiento, se dirigió á las puertas de la ciudad.

Se hallaban cerradas, pues era poco más de la una de la madrugada.

—¿Qué haré hasta que abran? se preguntó llena de perplegidad; ¿dónde me ocultaré?.

Detúvose un instante apoyada en el muro y reflexionando profunda y tristemente.

La pobre criatura temia dos cosas.

Que la encontrase la familia de Trimalcion y que e hiciese pagar la pena del golpe que habia dado á Cefisa.

Sobrecogiéronla la angustia y el terror; ¿dónde ir que le diesen asilo por algunas horas? ¿Qué hacer?

—¡Oh, mi madre! exclamó de repente; mi pobre madre á la que iba á abandonar sin decirla ¡adios! ¡Ella me amparará desde su tumba como me protegia cuando vivia!

Corrió, dichas estas palabras, al cementerio.

Tambien estaba cerrado; pero á cada lado de la verja de hierro, que protegia la mansion de los muertos, habia un poyo de piedra como para convidar á los vivos á la meditacion.

María se dejó caer de rodillas delante de la reja; apoyó sus manos en los hierros, rezó sus oraciones de niña y lloró copiosamente.

—¡Oh, madre mia! exclamó alzando sus ojos al cielo; ¡por qué no me llevaste contigo al dejar este mundo! ¡Ah! tú no podias conocer el desamparo en que quedaba tu pobre María, porque te ofrecieron ampararme y protejerme; pero, ¡cuánto han mentido! ¡Tú lo sabes, puesto que desde el cielo todo lo ves! Así, no me culpes, madre mia, por la determinacion desesperada que he adoptado; no me culpes porque dejo esta tierra en que tú, mi padre y yo hemos nacido; esta tierra maldita en la que sólo he hallado

pobreza, dolores, ódio y amarguras. ¡Pide á Dios que se compadezca de mí, porque si no he sido para tí lo que debia ser, si he apresurado la hora de tu muerte, si te he hecho infeliz, ya sabes que yo lo he sido mucho tambien!

María permaneció allí llorando y hablando con su madre durante muchas horas; seis pasaron sin que se moviese de su postura, y aunque el cementerio estaba léjos de la poblacion, y la soledad le envolvia, ningun temor le acosaba, ya por su natural valeroso, ya tambien por la extrema y dolorosa preocupacion de su espíritu.

Cuando el alba derramó su blanca luz, María no lo notó; una fuerza misteriosa la sujetaba á aquellos hierros, ménos duros para ella que los corazones de sus semejantes, y fué preciso que el sol derramase sus cálidos rayos sobre su desnuda cabeza para que se decidiese á separarse de aquel sitio.

Dirigió, por fin, su último ruego á su madre; su última mirada á la pobre cruz de piedra que señalaba el sitio donde dormia el último sueño, y se alejó de allí con paso rápido y enjugando las lágrimas que brotaban de sus ojos y que aliviaron algun tanto el peso de su corazon.

VII.

Algunos dias despues entraba en París una muchacha mendiga, haraposa y casi desfallecida de hambre y de frio.

Llevaba un traje de algodon descolorido, y tan hecho girones, que á duras penas conseguia ocultar su vergonzosa desnudez interior, pues no llevaba camisa; sus largos cabellos negros caian desgreñados sobre su espalda y hombros; brillaban sus ojos con la fiebre del hambre, dando á su mirada algo de fúnebre y sombrío; sus piés descalzos estaban llenos de llagas; y á no ser por un grueso palo, en que se apoyaba, hubiera caido sin duda al suelo.

Detúvose en la primera calle y se apoyó contra la pared.

Erale imposible dar un paso más.

Empezaba ya la primavera; las ramilleteras, los vendedores ambulantes de juguetes, pasaban al lado de la mendiga y volvian hácia ella los farolillos de sus cestos ó de sus cajones, porque esto acontecia á las ocho de la noche